

Zambrano y Nietzsche, camino del lenguaje

En memoria de José Mara Valverde

Resumen:

¿El único camino para la filosofía es pensar con método, o bien el camino del pensar es el único método filosófico? ¿La filosofía debe someter el lenguaje a un método, o bien el método específico de la filosofía es seguir libre y creativamente el lenguaje? Yendo más allá del camino «de la sierpe» o «del intelecto», Zambrano y Nietzsche optan por encaminar la «ministría» del escritor y el filósofo bajo la «maestría» del lenguaje, favoreciendo que pensamiento y lenguaje se revitalicen recíprocamente.

Palabras clave: lenguaje, método, pensamiento, escritura, maestría

Abstract:

Is thinking with method the only pathway for philosophy or the pathway of thinking is the only philosophical method? Must philosophy subdue the language to a method, or is the specific method of philosophy to follow the language freely and creatively? Beyond the pathway of «the serpent» or the pathway «of intellect», both Zambrano and Nietzsche choose to route the «ministry» of the writer and the philosopher under the «mastery» of language, thus promoting the reciprocal revitalization of thought and language.

Keywords: language, method, thought, writing, mastery

Introducción

El único camino para la filosofía es pensar con método, o bien el camino del pensar es el único método filosófico? ¿La filosofía como la

ciencia debe someter el lenguaje a un método? O bien ¿el único método filosófico (al menos propio y específico de la filosofía) es seguir libremente la sumisión del lenguaje y, de ella, extraer la máxima creatividad y lucidez? Éstas son las preguntas clave tanto para Zambrano como, antes, para Nietzsche.¹

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2009

Fecha de aceptación: 30 de septiembre de 2009

* Dpto. Historia de la Filosofía, Estética y Filosofía de la Cultura, UB. Web universitaria personal: www.ub.es/histofilosofia/gmayos.

¹ Véanse la introducción a Mayos, G. (ed.), *F. Nietzsche. Nihilismo: Escritos póstumos*, Barcelona, Península, 2006⁴, y el artículo Mayos, G., "Creatividad y subversión en el lenguaje" en *Analecta Malacitana*, Málaga, XVIII, 1, 1995, pp. 117-126.

Optando (como creemos que optaron Zambrano y Nietzsche) por las segundas posibilidades apuntadas en las preguntas anteriores, analizaremos la «maestría» del lenguaje en y a través de la «ministría» del escritor y el filósofo. Opondremos el camino «de la sierpe» al «del intelecto» y analizaremos los peligros que éste tiene para Zambrano y Nietzsche. Finalmente, estudiaremos los comunes esfuerzos de ambos para que pensamiento y lenguaje se revitalicen recíprocamente.

Nos centraremos en *Notas de un método*, aunque reconocemos la dificultad de distinguir ámbitos dentro de la obra de Zambrano (y aún más separarlos). Especialmente consideramos que los cuatro fragmentos finales de *Notas de un método* juegan un doble papel: por una parte sintetizar una serie de figuras místicas que culminarían y ejemplificarían los «resultados» de *Notas de un método* y, por otra parte, mantener el enlace con *Aurora* ya que provenían de un conjunto compartido de escritos.²

Pensar con estilo

*«El método ha debido estar desde un principio en una cierta y determinada experiencia que por la virtud de aquél llega a cobrar cuerpo y forma, figura. Mas ha sido indispensable una cierta aventura y hasta una cierta perdición en la experiencia, un cierto andar perdido el sujeto en quien se va formando. Un andar perdido que será luego libertad».*³

Una exigencia tan mayoritaria que casi no permite la más mínima disidencia o, incluso, matización, es que el pensamiento debe construirse con método. Todos conocemos

grandes filósofos, científicos y pensadores que orgullosamente han seguido tal precepto, tal exigencia: ¡Debe pensarse con método, ese es el único camino! Algunos además lo han hecho con elegante y bello estilo; como Descartes, sin duda uno de los principales enunciadores del precepto metódico.

Pues bien interpretaremos María Zambrano y Friedrich Nietzsche, a partir de un muy significativo punto común en sus métodos de filosofar: parecen carecer de todo método. O, al menos, en algún lugar de su obra manifiestan claramente romper, saltarse o no ceñirse con alguna de las reglas del método del «buen pensar», incluso las que parecen respetar en otros lugares. Podríamos citar ahora fragmentos conocidos por todos donde confiesan su interés por lo contradictorio, fragmentario, impreciso, asistemático, lúcida-mente incoherente, abierto a lo que hay más allá del logos...

Y sin embargo, cualquier aforismo o fragmento del pensar de Zambrano o Nietzsche es inconfundible y, rápidamente, nos remite al conjunto de su discurso, de su discutir aparentemente sin método. Ciertamente no es lo mismo seguir un método que tener un estilo común a lo largo de toda la propia obra. Por ello, Zambrano y Nietzsche podrían carecer de método, pero en cambio tener cada uno de ellos (como así es) un estilo brillantísimo, y muy propio, característico de cada uno de ellos a pesar de ciertas concomitancias comunes.

Sería fácil decir, pues, que Nietzsche y Zambrano coinciden en prescindir de todo método pero manteniendo cada uno una profunda y específica voluntad d'estilo. Por tanto no tendría sentido buscar en ellos coinciden-

² Agradecemos a Jesús Moreno los detalles de su intervención en la selección (con la que manifestó cierta insatisfacción) de los escritos de Zambrano que terminaron formando parte tanto de *Notas para un método* como de *Aurora*. Esa selección manifestaría una cierta voluntad de reservar los textos más místicos para *Aurora*, aunque quedara en *Notas de un método* la explosión mística de los cuatro fragmentos finales.

³ Zambrano, M., *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 18.

cias de método, pues son dos estilos de filosofar que sólo coinciden en que ambos filosofan, escriben, piensan... con estilo. E inmediatamente nos vienen a la mente la gran libertad y creatividad que conllevaría su renuncia del método para sólo buscar el estilo. Ahora bien, sin negar esta aproximación al pensar zambrano y nietzscheano, creemos que hay un aspecto más radical y exigente a destacar... y que no siempre se puede asociar a la libertad o, aún menos, a términos como laxitud, licencia, arbitrariedad, exención, permisividad, relajamiento, vaguedad, descuido, desgarmo,... a discrecionalidad o liberalidad lingüísticas.

Pues los personales estilos de Zambrano y Nietzsche coinciden en partir, aceptar e incluso someterse a las más radicales exigencias lingüísticas. Su pensar con estilo, comporta no luchar contra el lenguaje sino buscar su estilo en y a través del estilo del lenguaje (incluyendo las reglas gramaticales más estrictas). A la exigencia tradicional que postula que el único camino para la filosofía es pensar con método, Zambrano y Nietzsche coinciden en proponer más bien que el camino del lenguaje y del pensar es el único método filosófico posible. María Zambrano, incluso y conscientemente, busca refundar una nueva y radical posibilidad de discurso, que claramente la remontaba al proyecto de Nietzsche, y que permitiera comprender lo que ambos habían querido y podido hacer.⁴

Unidos por parejo proyecto de liberación del pensar, pero que descubriría otra exigencia tanto más estricta, el único método

identificable de Nietzsche y Zambrano es - para ambos- perseguir el «camino escondido» y «recibido»⁵ en y por el lenguaje.⁶ Con plena conciencia lingüística,⁷ filosofan teniendo en cuenta en todo momento la maestría del lenguaje. Aún más, buscan su maestría estilística interpretando la maestría del lenguaje, esto es luchando contra ella pero desde la más radical y consciente sumisión a ella.

Frente a los anquilosados estilos filosóficos mayoritarios en su tiempo, Nietzsche y Zambrano coinciden en proponerse alcanzar la mayor libertad y creatividad, pero sin que ello comporte renunciar a la más fuerte autoexigencia. Aquí la relación entre ambos es evidente: «Pues de lo que se trata, como alguien nos dijo, es de volverse niños; mas hay que interpretarlo como volver a ser criaturas, despersonalizar a la historia que está suplantando al ‘sentir originario’, apresado ya por la razón».⁸ Liberar ese «sentir originario» apresado o sepultado bajo las estrictas reglas de un método que encadena el lenguaje y el pensar. Al contrario que el pensamiento muchas veces opaco, agostado y embebido de sí mismo que ha dominado Occidente y que -como dice Zambrano- prescinde «de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser», hay que recuperar lo «anterior al método», lo previo y primordial; pues «La experiencia precede a todo método. Se podría decir que la experiencia es “a priori” y el método “a posteriori”».⁹

Para ello Zambrano y Nietzsche atienden y captan agudamente lo habitualmente menospreciado en la «alta cultura» y la filoso-

⁴ Estamos de acuerdo con Jesús Moreno en que Zambrano tenía como proyecto implícito en toda su obra el elaborar una crítica de la razón discursiva y que no pudo culminarlo.

⁵ Aunque el énfasis en la recepción y en el «camino recibido» es sobre todo explícita en María Zambrano, hay que recordar que el método genealógico de Nietzsche presupone esa constitución previa. Por eso Nietzsche llegará a dudar que se pueda prescindir de Dios en la medida que no se puede prescindir de la gramática.

⁶ No olvidemos que decir o nombrar es hacer ver; en un sentido muy profundo es un acto performativo por el cual aparece esa misma realidad que se convoca con la palabra.

⁷ En *Notas de un método*, ed. cit., p. 98, por ejemplo, María Zambrano afirma que el lenguaje es la «sede privilegiada de todo pensamiento».

⁸ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 55. Evidentemente María Zambrano está remitiéndose con toda claridad a Nietzsche.

⁹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 18.

fía académica, poniendo de manifiesto su importancia. Muestran que muchas veces y si realmente se quiere pensar: el detalle es tema, lo periférico centro, el accidente esencia, la anécdota nudo narrativo, el azar causa, la nota melodía, lo pasajero historia, el instante eternidad,... pero también coinciden en que nunca pretenden elevarlos a sistema, a estructura ya conquistada, a absoluto, a desenlace, resultado, solución, meta, método...

Zambrano y Nietzsche huyen del tópico, lo trillado, lo muchas veces dicho, ... también rechazan lo mal dicho, ya sea porque ese decir lleva a un error, ya sea porque se ha dicho erróneamente. Ya sea porque es falso el resultado, su referencia inexacta o vacío su significado, ya sea porque es un mal-decir al ser erróneo su significante, anodino su estilo, farragosa su sintaxis, imposible su pragmática, contraproducente su retórica... Para ello nuestros autores en lugar de seguir pormenorizadamente algún método al estilo tradicional de Occidente, se proponen seguir con oído, talento y estilo la maestría del lenguaje.

Maestría del lenguaje, «ministría» del pensador

«Y si se acepta esta palabra profética o imperativa del animal simbólico entre todos de los que tienden un camino, ella sustituirá y aun ocultará y logrará sofocar con su fuego en ocasiones la palabra recibida, la ini-

*cial, la primera, la palabra que si se guarda constituye el ser: la presencia y la figura, con el ritmo, el número y el peso de cada cosa, de cada ser. Mas se entiende que el hombre, ser de palabra, llevará en modo único la inicial palabra recibida, 10 de la cual si surge un camino será a su vez un camino único, oculto a medias, que solo una plena revelación le podrá dar, si es que de un camino propiamente se trata».*¹¹

María Zambrano y Friedrich Nietzsche coinciden en reconocer la plena superioridad de la maestría ontológica del lenguaje sobre la óptica¹² del pensador o escritor concreto; pues en el fondo, ésta no es sino una maestría segunda, discipular: la del humano maestrillo con su librito bajo el brazo. Es decir, para ambos, el lenguaje es la condición de toda maestría y magisterio,¹³ mientras que el escritor o el pensador aportan tan sólo su «ministría».¹⁴ Ahora bien, ésta última se magnifica en la medida que aprende la maestría y sigue el magisterio del lenguaje.

Como ya indica la etimología latina de «ministrator»¹⁵, el escritor y el pensador gobiernan las palabras, procuran las ideas y ejecutan las expresiones, pero siempre e inevitablemente por cuenta de otro, sirviendo a otro, sometidos a otro, siendo «ministros» de otro, que es el verdadero maestro, guía, director, señor y rey. De una manera parecida a como Francis Bacon afirmaba que sólo se

¹⁰ En el paraíso «No podía existir, pues, camino alguno, ni siquiera hacia el centro. Y la palabra recibida, depositada en la criatura, es su ser que llega en ella, guardada, a ser sustancia. Quizás sustancia y esencia sin discernir. La palabra guardada, pensamiento divino en cada criatura, no había aún descendido a las entrañas. {...} La palabra recibida bastaba.» en *Notas de un método*, ed. cit., p. 40.

¹¹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., pp. 45 y ss.

¹² Aquí nos parece imprescindible aplicar la distinción ontológica de Heidegger.

¹³ Ambos términos remiten a una misma etimología y campo semántico. «Magisterium» significaba en latín la alta dirección, jefatura y enseñanza de un «magíster» (esto es, a la vez: el maestro y el jefe, conductor, comandante –pues co-manda–).

¹⁴ Evidentemente no apuntamos a una presunta etimología conjunta entre «maestro» y «ministro», sino que jugamos con la etimología «magis» «más», frente a «mini» «menos» para distinguir las prioridades y superioridades cuando se trata de pensar, escribir y usar el lenguaje. Véanse los breves apuntes etimológicos adyacentes.

¹⁵ Del latín «ministerium», «servicio»; pero no se trata de cualquier tipo de «servitud», sino de un servicio de alto valor y con un importante feedback. Pensemos que «ministro» tanto en la versión sacerdotal como en la política proviene de éste término. En Roma el «ministrator» era el nombre dado al alto sirviente que asesoraba y asistía al orador, o acompañaba a su señor en el foro informándole de quienes eran exactamente aquellos con que se cruzaban y en que circunstancias o relaciones se encontraban. En el feudalismo se refería al caballero no independiente al servicio de un noble.

podía dominar la naturaleza siguiendo sus leyes, alguien sólo se puede servir del lenguaje eficazmente y con estilo, sirviendo atento, obediente, discipular y agudamente al lenguaje mismo, convirtiéndose en alto ministro del lenguaje.

La profunda relación entre su «ministra» y la insobornable maestría o el solitario magisterio del lenguaje es especialmente clara cuando hablamos de Friedrich Nietzsche y María Zambrano (una vez más, compartiendo aspectos clave). Sabemos de la errante soledad de Nietzsche, sus relativamente pocas lecturas y, aún menos, libros «de cabecera». También errante, Zambrano lee más y posiblemente tenga algunos libros o autores de cabecera más (entre ellos y destacado: Nietzsche); pero además sufre la cruel soledad de las mujeres en la historia de la filosofía (especialmente en la medida que hace gala de sus singularidades propiamente femeninas) y quizás también esa soledad que (según Virginia Wolf) se acentúa cuando uno no está sólo y quiere-debe estarlo, teniendo de conquistar una habitación propia.

Esas profundas soledades magnifican para ellos la maestría directa y el magisterio sin intermediario e interferencias del lenguaje. Tanto para Zambrano como para Nietzsche su maestría o magisterio se manifiesta, proviene y se comprueba en su muy consciente relación íntima, solitaria y casi sin interferencias con el lenguaje. Éste es su más constante compañero, pues los interlocutores humanos nunca les hicieron olvidar que sobretodo se dialoga gra-

cias, en, a través y con el lenguaje (de ahí la profunda conciencia lingüística de nuestros autores).

Aun podemos especificar más por lo que respecta a María Zambrano¹⁶: su maestría especialmente fuerte y directa respecto el lenguaje escrito. En todo caso, por la común soledad académica¹⁷ –y en algún aspecto incluso vital– de ambos, su pensar depende especialmente de su personal, íntima, constante y consciente relación con el lenguaje, aún especialmente con la escritura. Depende de una constante atención estilística al lenguaje, a su discurrir, sus enlaces más ocultos, sus potencialidades más versátiles... educando su «ministra» sobre esta única maestría, ese supremo magisterio.

Por eso María Zambrano¹⁸ saca tan poderoso fruto de lo que a veces se denuncia como aparente divagar pero que, cuando se analiza, aparece como un discurrir conducido por su gran intuición del lenguaje, por un pensar para el cual ese es el gran guía y se le atiende incluso en los detalles. El pensamiento de María Zambrano se construye y discurre dejándose divagar por el lenguaje, su melodía, su lógica adversativa, su ritmo... y su capacidad constante sorpresa. Por eso, en Zambrano los incesantes incisos siempre rompen la previsión del lector despistado, dando prioridad al desconcertante ingenio por encima de la previsible lógica; si bien rechaza tanto el giro banalmente ocurrente, como la conclusión *quod erat demonstrandum*, Q.E.D.

¹⁶ Seguramente el pensar de Nietzsche era menos dependiente o vinculado estrictamente al hecho de la escritura. Ya sabemos que –por problemas de vista y las terribles jaquecas que padecía– a Nietzsche le costaba mucho escribir y habitualmente lo hacía sólo cuando su pensamiento era ya muy maduro y, habitualmente, dictaba a «escribidores» voluntarios como Heinrich Köselitz (por eso le llamaba Peter Gast, «Pedro huésped»).

¹⁷ Por ello coincidimos totalmente con Miguel Morey cuando destaca la importancia para la naturaleza del pensar zambraniano de la soledad «académica» y de los pocos cursos que Zambrano profesó. Ciertamente María no tiene que explicarse pedagógicamente en clase, no tiene que autodivulgarse docentemente. Tampoco Nietzsche tuvo que hacerlo, más allá de una breve, temprana y bastante accidentada etapa de su vida.

¹⁸ Quizás haya aquí alguna diferencia con Nietzsche. Diferentes exposiciones coincidieron en destacar que para Zambrano la literatura (evidentemente la buena literatura en la que se centró Ana Bungård) como el arte (más enfatizado por Remedios Ávila) son manifestación de lo originario, es decir de lo sagrado, confirmando en sentido amplio la tesis hegeliana de que el arte y la literatura es una expresión sensible de lo sagrado (ya sea político o religioso). Por lo que a nosotros respecta ambos remiten al lenguaje que es lo que hace pensar y tiene tal función.

Zambrano asume el magisterio y reconoce la maestría –siempre misteriosa– del lenguaje: «Es propio del guía no declarar su saber, sino ejercerlo sin más. Enuncia, ordena, a veces tan sólo indica. No transmite una revelación. Ordena lo necesario, con la precisión indispensable para que la acción sea ejecutada, sin tener demasiado en cuenta que sea comprendida». ¹⁹ Tal guía magistral no ejerce un dominio opresivo ni coercitivo, al contrario genera una enorme potencia y liberación cuando se haya el estilo, la fórmula, la nota musical o el trazo expresivo adecuados: «un guía ofrece ante todo, como sostén, la orden de su indicación, una cierta música, un ritmo o una melodía que el guiado tiene que captar siguiéndola». ²⁰

A la par que misteriosa, tal música que actúa de guía y método no es banal, sino que habla a lo más profundo de uno mismo y transforma radicalmente la realidad. No es simplemente un camino a seguir, sino el camino a través del cual transformarse, devenir, encontrarse, llegar a ser: «De ahí que el que recibe un camino-guía haya de salir de sí, del estado en que está, haya de despertar no a solas sino en verdad dentro ya de un orden; y el que siga este camino recibe en las escasas palabras y en las enigmáticas indicaciones las notas, en sentido musical, de un Método. Por esta especie de música, nunca del todo audible, el guía arrastra primeramente a su seguidor por una especie de irresistible seducción, con una violencia que va en aumento, según se sube la escala del alma y de la mente. La seducción imperativa puede quedar encerrada en el guía y la violencia hacerse sentir de repente, poniendo al sujeto frente a una insos-

layable necesidad de entrar en un lugar a cuyas puertas ha sido llevado: un lugar del que no sabía». ²¹

El «camino escondido» como maestría del lenguaje

«Las más silenciosas palabras son las que traen la tempestad. Pensamientos, que vienen con pasos de paloma, conducen el mundo». ²²

María Zambrano llama a ese camino que sólo se evidencia siguiendo la misteriosa guía del lenguaje «el camino escondido» y lo asocia con los saberes más arcanos, con esa «sabiduría secreta» que tanto ha fascinado tradicionalmente a la humanidad; casi tanto como hoy, en Occidente, se la menosprecia y olvida. Lo llama el «tercer camino», aunque en muchos sentidos fue el primero en ser transitado y el que verdaderamente transforma y realiza a quien lo sigue. Tal camino –dice Zambrano– «no se abre sin un guía y no se entra por él sin que el corazón se haya movido y la mente le obedezca. Sólo cuando el corazón ha desfallecido a pique de anonadarse y se alza luego, hace seguir a la mente sus secretas razones». ²³

No busquemos tras estas palabras excesivo misticismo (como suele hacerse), pues María Zambrano coincide con Nietzsche en que ese guía misterioso, el único guía posible y de alguna manera certero, es ni más ni menos que el lenguaje. Ahora bien ese «camino escondido» en el lenguaje y «recibido» con él, ²⁴ que es maestro de vida y guía del pensar, debe ser también descubierto. Aunque su pro-teica maestría parece eclipsar la «ministría» de

¹⁹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 31.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ O. c., pp. 31 y ss.

²² 2ª parte, «De la hora más silenciosa», traducción de G. M. De acuerdo con el leit motive de todo ese apartado que destaca lo silencioso, Nietzsche –con la fórmula «mit Taubenfüßen kommen»– está jugando y asociando el sentido de «pies» o «pasos» «de paloma» y «pasos sordos» (también con la raíz «taub»). Si no se especifica la fuente, usamos la *Nietzsche Werke. Historisch-Kritische Ausgabe*, Berlin, Walter de Gruyter, 1994, en formato digital.

²³ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 32.

cada uno, ésta también es necesaria como lúcido testimonio de aquella.

La maestría del lenguaje guía misteriosa pero proteicamente las «ministrías» humanas; por eso los pensadores o los escritores (que a veces se llaman a sí mismo «escribidores» con consciente humildad) son ciertamente «ministros», «magistrados» y servidores de aquel magisterio. Siguiendo sus «ministrías» cumplen su anhelo y encuentran finalmente en sí «lo que le falta para ser, para que el ser a medias nacido se cumpla»,²⁵ para que –como dice Zambrano– de su propia vida desprendan «una forma, su obra» «que es un signo a seguir, una enseñanza. Es algo sin forma, una insinuación, una alusión que sugiere algo que hacer y, en lo que venimos considerando, un camino a seguir».²⁶

Perseguir la magistral guía del lenguaje, no conlleva renunciar a la creatividad, singularidad o al estilo personal, pues éste no es sino la personal destilación de la quinta esencia de la lengua. El mejor método para bien pensar o escribir es buscar y definir el propio estilo o «ministría»; descubriendo, trazando, transitando y encarnando la maestría del lenguaje. Es ciertamente un camino personal pero a la vez universal, como el surco de un estilete traza un nuevo recorrido sobre una tablilla de cera mil veces cortada y rehecha. Es un camino personal pero «encontrado» y «recibido», pues arcanamente ya estaba allí «escondido» y esperando ser dicho.

Exprimir al máximo las posibilidades expresivas del lenguaje no es luchar desesperadamente en su contra ni imponerle una lógica que no es la suya (como a veces parecen hacer incluso genios como Hegel); sino al contrario

dejarse guiar, llevar, conducir, descubrir, decir e incluso «mandar» por el lenguaje. Seguir el camino, a la vez escondido y abierto o desbrozado en el lenguaje, es la común condición de la genealogía nietzscheana y de la razón poética de Zambrano. Atender lúcidamente a la constitución, etimología, semántica, uso pragmático e –incluso– retórica sonoridad y sugereancia de la lengua, como condición ontológica del auténtico pensar y decir.

Ciertamente, las lenguas han tejido durante milenios un laberinto donde está inscrito el ser humano, incluso a merced de algún peligroso Minotauro o «embrujo lingüístico» (como decía Wittgenstein). No lo niegan Zambrano o Nietzsche, pero apuntan que se puede encontrar la salida de ese laberinto o al menos el camino (el único método) siguiendo sagaz y lúcidamente el hilo de Ariadna también inscrito en ese mismo laberinto o prisión del lenguaje. Se trata de hacer de la necesidad, virtud; pues, como decía Hölderlin en su himno *Patmos*: «Pero donde hay peligro, crece también lo que salva».²⁷

Nietzsche afirma que el lenguaje es una prisión de la que es imposible escapar, María Zambrano lo ha intuido siempre. También coinciden en saber que lo más parecido a esa evasión imposible, es aprender a dejarse llevar en volandas –con estilo y aparentemente sin resistencia– por el profundo camino todavía no ollado, aparentemente virgen, personal y creativo, pero que surge no de la confrontación con el lenguaje, sino de aceptar su maestría: la potencia expresiva de la gramática, sintaxis, semántica, pragmática, retórica... y

²⁴ Como el lenguaje, «El tiempo no es un castigo sino, en principio, para este ser humano que conocemos, la liberación del estar siéndose sin más, sin salida, sin saberlo. Necesita el sujeto de algo que lo despierte, que le permita, si logra despertar, entrar en el tiempo; necesita, pues, de una mediación, del correr del tiempo. Ya que el tiempo se nos aparece como la relatividad mediadora entre dos absolutos: el absoluto que se le da a todo ser humano, y el absoluto que el ser humano lleva en su propia condición; el que se le da, y aquel otro al que recónditamente aspira, aun sin saberlo.» en o. c., p. 68.

²⁵ O. c., p. 32.

²⁶ O. c., p. 33.

²⁷ Traducción G. M.

²⁸ Hay quien piensa que, a pesar de su muy temprana y profunda vocación de músico, Nietzsche no está demasiado preocupado por la musicalidad de su escritura y que su brillante estilo no ha sido conscientemente buscado. Dudamos de esa interpretación, pero en todo caso nadie duda lo más mínimo que María Zambrano goza de similar musicalidad y que, además, está convencida que es uno de sus principales objetivos.

también su poesía, sugerencia, sonoridad,²⁸ música... En definitiva, se trata de buscar el camino que el lenguaje sugiere a los peregrinos sinceros que en él se adentran.

Pues también en el lenguaje hay ese tipo de camino «que vale más llamar sendero, vereda, vericuetos, trocha o camino de sirga, el camino recibido por el hombre y sólo ensanchado, cuando se puede, allanado a fuerza de ser recorrido. El camino que se abre por un accidente del suelo y siempre por el recorrido de algún animal. El camino señalado por el puerto y que es, ante todo, paso, apertura».²⁹ Paradójicamente es un camino que cualquier animal sigue e intuye mejor que los humanos, pero que a la vez es signo preclaro de determinación o providencia divina; pues está marcado geológicamente y telúricamente, fruto de fuerzas divinas (como pensaban los griegos) o de choques de placas inmensas (como tendemos a pensar hoy). Ahora bien, sólo un animal se atreve a desafiarlo con fiereza: ese animal tan orgulloso e ingenuo que es el hombre (coinciden una vez más María Zambrano y Friedrich Nietzsche).

Del camino de la serpiente al del intelecto

«El camino corre, se mueve casi vivo cuando serpea y como un imperativo cuando aparece ante la vista recto; proyección de un designio de la vida en la serpiente extendida semidesplegada, proyección de una voluntad cuando se ve que no tiene más justificación

*que el llevar a alguna parte. Mas en ninguno de estos casos el camino se abre él mismo, como algo que pertenece al suelo terrestre tan propiamente como sus accidentes y modulaciones. Sólo los ríos parecen ir por su cuenta. Y ciertos caminos accidentados, casi imposibles de seguir, señalados por las pisadas del hombre sólo después de haber sido marcados por las huellas de los animales; caminos secretos, vericuetos».*³⁰

Frente a ese «camino recibido» y «escondido» que hemos asociado a la maestría del lenguaje y que por ello tiene –para nosotros– algo de divino³¹ y telúrico, Zambrano opone los otros dos grandes métodos que la humanidad ha privilegiado: «Mientras que el camino sinuoso serpenteante nace del deseo, de la avidez secreta y de su más escondido designio, que la mente ignora, el camino llano lo hace de una decisión de la voluntad que la mente obedece».³²

El más hollado y reiterado es el que María Zambrano llama el camino de la serpiente.³³ «La Sierpe, [...] la suprema iniciadora, de la cual el primer hombre –ya en dualidad de hombre y mujer– recibió el camino, el humano camino, cayendo, del estado de naturaleza en el que no había camino alguno, a la historia».³⁴ Es un proceder y un método oscilante, errático, sinuoso y curvilíneo porque se deja llevar por el deseo, la curiosidad circunstancial o cierta hedonista visceralidad tradicionalmente asociada a la serpiente.³⁵

²⁹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 30.

³⁰ O. c., p. 28.

³¹ Significativamente en *Notas de un método*, p. 32, María Zambrano destaca que los otros dos tipos de caminos están «hechos por el hombre».

³² *Ibidem*.

³³ Recordemos que la serpiente es uno de los animales escogidos como emblema por Zaratustra y que Nietzsche la usa como una importante metáfora en toda su obra, además normalmente le da un sentido relativamente positivo en oposición a la total estigmatización del cristianismo. También Zambrano piensa el símbolo de la serpiente de una manera más compleja y ambivalente que el cristianismo (véase *Notas de un método*, p. 39). Dice María Zambrano: «Sin desplegarse, escondiéndose, celando el camino. Ese camino que era la verdadera promesa que ofrecía, la condena y el don de que era portadora la enigmática serpiente, el animal en el que parecen estar condensados todos los enigmas.» en *Notas de un método*, p. 41.

³⁴ O. c., p. 34.

³⁵ «la Sierpe que profirió la palabra irruptora tenía forma de sinuoso camino. Enrollada al Árbol de la Ciencia, era cifra y compendio de un indefinido camino a recorrer: era el camino que se ofrecía así sin desplegarse» en *Notas de un método*, p. 40.

El otro gran camino humano es el que Zambrano llama «recto», «llano», «del intelecto» o «de la ciencia», que en Occidente se ha presentado como el más propio de nuestra especie, el que culmina el proceso de humanización y que tiene en el método científico su gran triunfo. Significativamente Zambrano, lo opone también al camino de la serpiente, al cual disciplina de alguna manera, pues es «El hilo del pensamiento que hace innecesaria, que borra por completo la inspiración de la serpiente dejándola amansada».³⁶

Las nuevas carreteras van asfaltando las viejas y zigzagueantes veredas trazadas «por el diseño sinuoso, por las intenciones siempre curvilíneas de la vida elemental»,³⁷ acortándolas con enormes rectas que someten el relieve gracias a poderosas construcciones de ingenieros y arquitectos: «el camino recto que la inteligencia traza en obediencia a una voluntad declarada, impronta de una finalidad a conseguir por el camino más corto».³⁸ Pues bien tanto en las carreteras como en el método, nos dice Zambrano: «Si el {camino} sinuoso es la huella del animal hombre, inteligente y aun intelectual desde el principio, el rectilíneo es ya una verdadera construcción, un principio de arquitectura».³⁹

Tanto Nietzsche como Zambrano destacan la «voluntad de dominio» que impregna ese camino «recto» y «llano» construido a partir del método científico, tecnológico y arquitectónico; pues está intrínsecamente definido tanto para dominar la naturaleza como para ser obligatorio, necesario e inevitable para la humanidad.

Peligros del camino del intelecto

«Suponer que la verdad surge del razonamiento es confundir la necesidad de pensar con la urgencia de conocer». Hannah Arendt

No ha de extrañar, pues, que el camino y método «del intelecto» marque la manera de pensar que ha devenido dominante en Occidente. María Zambrano lo califica de pensamiento «opacado» y «embebido de sí mismo», y lo critica de una manera muy parecida a Nietzsche. Aunque, como podemos ver a partir de los estudios de Jesús Moreno,⁴⁰ Zambrano permanece más fascinada y vinculada a ese camino occidental que Nietzsche y por eso lo califica de «maravilloso error».

Pero ambos coinciden en denunciar que el «método intelectual» que se ha consagrado en Occidente dificulta, sino hace imposible, que el pensamiento se vivifique con el presente. Nietzsche ya denunció en su segunda intempestiva los peligros de la historia para la vida y el pensar del presente. En términos de Zambrano: «El velo del correr del tiempo, de su fugitividad, es rasgado sólo por algo que hiera al sujeto en quien se da este suceso. Si de algún modo no le hiera ese suceso complejo, o simple imagen que reaparece o intenta reaparecer, quedará opacado o encubierto por la marcha del tiempo, que al proseguir indiferentemente su curso, no permite que se haga el presente, ese ancho presente, lugar de aparición, centro que se abre al respiro y a la visión. Y entonces los sucesos pasan al pasado sin haber sido presentes, sin que el presente se haya hecho para ellos».⁴¹ Ese es el peligro de una vana erudición histórica, detallista, cro-

³⁶ En *Notas de un método*, p. 45. María Zambrano formula este texto en relación con lo que llama el culto griego «del Templo del Apolo-serpiente».

³⁷ O. c., p. 29.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ En diversos artículos anteriores pero también en su completísimo libro *El logos oscuro. Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid, Verbum, 2009.

⁴¹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., pp. 84 y ss.

nológica... que no aporta nada al presente, que no es experiencia viva, que carece de vivencia –diría Dilthey–.

Cuando en el saber no hay experiencia vital o el conocimiento se da escindido de la vida, el sujeto no puede conocerse a sí mismo, aunque incluso esté tras ese saber o conocimiento; por tanto tan sólo lo puede «consumir» o encontrarse en él (afirma Zambrano) como algo «opaco» y como «embebido». «Al recaer su mirada sobre sí, al mirarse como tal, el sujeto se encuentra opaco, porque se mira pretendiendo verse a sí mismo, y tal mirada, por su misma naturaleza, produce la opacidad, la soledad incomparable, el castigo de la falta de quietud, de arraigo, y la necesidad subsiguiente de tener que ir a buscarse más allá del sí mismo conceptual. Estamos en las antípodas del “sentir originario”». ⁴²

Coincidiendo con Nietzsche, María Zambrano considera culpable ese sujeto occidental que tan fácilmente se enmascara tras sus construcciones e ideales, bloqueando toda experiencia auténtica o «sentir originario» –usando términos zambranianos–. «Parece una necesidad del sujeto el encubrirse», dice Zambrano, para preguntarse muy nietzscheanamente después: «¿De dónde le viene al sujeto esta necesidad, la necesidad de representarse o revestirse, de fabricarse una máscara? ¿De dónde procede este especie de desdoblamiento, sino de algo inserto en el sujeto mismo y a lo que podemos llamar el Yo? Cuando el sujeto se embebe en ese Yo, cuando se deja beber por él, se hace personaje, deja de ser persona y entra a representar todo aquello que su Yo le impone. El sujeto se inventa a sí mismo, inventa una máscara, un tipo, un personaje». ⁴³

Entre los inventos más terribles y a la vez profundos del yo occidental está por

supuesto el absoluto⁴⁴: ese ideal supremo, en el que presuntamente estaría todo ya realizado, y que lo fija o aprisiona todo. «El sujeto no se siente quieto, anda errabundo, en una paradójica movilidad. Como en sueños, se siente cercado, internado, entrañado. No puede pensar, pues el absoluto no le permite pausa ni respiración. [...] Está embebido, cercado por la totalidad y sin acceso a la universalidad. Es la totalidad, no es el universo, lo que se le presenta al sujeto en esta situación de fijeza, dentro de un absoluto impenetrable. [...] Al dársele esta totalidad en lo absoluto, se le encadena, no puede moverse, está siempre, no quieto, sino más bien sobresaltado por la discontinuidad de “lo mismo”. Está hechizado. [...] Nada le está prohibido, pero nada le es accesible. Está en una inhibición que lo posee, sin poder moverse. La única movilidad que le está permitida no es la suya, es la discontinuidad del absoluto. Es el absoluto lo que lo mueve sin hacerlo moverse. Tal es la perfecta enajenación del sujeto, su estar encadenado. Tiene que intervenir, le es necesario no solamente ser sino serse; mas ¿cómo? Yendo y viniendo de un absoluto a otro absoluto, en la absoluta, inacabable, locura». ⁴⁵

Ciertamente reconocemos aquí la locura de Don Quijote, la locura denunciada por Erasmo, pero sobre todo ya que estamos entre filósofos, la locura de la filosofía, de la metafísica... Quizás no toda y María Zambrano no renuncia a la posibilidad de una filosofía otra. Una filosofía que pueda escapar a la locura por y ante lo absoluto, y que es el más potente bloqueo del “camino escondido”, de la experiencia vital, de lo que hemos llamado la maestría del lenguaje e –incluso– impide lo que Zambrano llama «trascendencia». No se trata de una trascendencia religiosa tradicional pues María Zambrano la relaciona con la inmediatez del flujo mental, en la línea del tiempo

⁴² O. c., p. 52.

⁴³ O. c., p. 61.

⁴⁴ Recordemos que Paul Celan califica de sueño terrible la aspiración occidental al absoluto.

⁴⁵ Zambrano, M., Véase *Notas de un método*, ed. cit., pp. 67 y ss.

como «esquema transcendental» en Kant, pues: «La imaginación suplantadora crea, y ése es su mayor peligro, una detención del fluir temporal íntimo del sujeto, es decir de su trascendencia. Lo detiene justamente en el dintel de la meta. El hechizo es la máxima oposición, pues el sujeto queda prendido, enzarzado, apegado».⁴⁶

El absoluto bloquea todo «sentir originario» y toda auténtica experiencia vital por su misma pretensión de «plenitud» o «absolutez». Además, Nietzsche y Zambrano coinciden en considerar que ese mismo bloqueo contradice toda pretensión de plenitud y se convierte en el gran argumento contrafáctico frente al absoluto. María Zambrano dice: «El lleno no permitiría al ser que conocemos el sentirse, ni el serse. El vacío es la duda, no como método, sino como el desembebimiento del hombre; el hombre, esa criatura que no puede dejarse embeber por nada ni por nadie».⁴⁷

Y es que Occidente insiste en presentar su método racional, el camino del intelecto y sus grandes logros tecnológicos «prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser»⁴⁸. Es decir lo presenta fragmentariamente, escondiendo una parte (tal vez la primordial) de su verdad y separándolo de la vida real presente sin la cual es: o bien un loco sueño sin vigilia, o bien –aún peor– una máquina sin alma (aunque ciertamente precisa y eficaz, especialmente cuando se proyecta en alguna guerra).

Revitalizar el pensamiento y el lenguaje

Como también había hecho Nietzsche, sólo revitalizando el pensamiento podemos descubrir –insiste Zambrano– el «camino recibido», un método abierto, que no tenga

reglas y se deje guiar por la maestría del lenguaje. Proclama: «La vida es tránsito. Hay que lograr que en este ser llamado humano, dotado de pensamiento, el transitar sea trascender, es decir, sea creador, creador de un tiempo nuevo».⁴⁹

Pensar y escribir con estilo y cabalgando ese tigre que es el lenguaje –pues si pretendemos desmontar nos devorará– no es para Zambrano o Nietzsche una cuestión meramente formal, estilística en el sentido que estilo sería una mera forma sobreañadida al contenido. Al contrario, es la condición necesaria para dar con nuestro contenido profundo y revitalizar la potencia expresiva de las palabras. Sólo cuando el estilo enraíza en el lenguaje y se revitaliza, los contenidos son capaces verdaderamente de contenernos y expresarnos, de contener la vida, hecha ya cultura, saber o conocimiento; es decir siendo otra faceta vital, quizás más reflexiva, quizás retenida en el tiempo gracias a su inscripción en el mundo-3 de Popper.

Nietzsche siempre pensó para potenciar la vida, su filosofía estaba totalmente subordinada a su voluntad de potencia vital. Se trataba de poner la cultura, la filosofía y la historia al servicio de lo vivido realmente ahora y aquí por alguien que es, también e inseparablemente, cuerpo, deseo, pulsión... Zambrano está totalmente de acuerdo con ello y, en las conferencias de donde han surgido los presentes artículos, Diego Sánchez Meca recordó que la razón poética zambraniana es una razón viviente que se mueve junto con la vida. Estamos totalmente de acuerdo con ello, pues para Zambrano y Nietzsche (aunque a veces desee trascenderlo, sabe que no puede) el lenguaje es coextensivo y constitutivo de la vida, al menos la reflexiva y consciente.

⁴⁶ O. c., p. 115.

⁴⁷ O. c., *Notas de un método*, p. 127.

⁴⁸ O. c., p. 15.

⁴⁹ O. c., p. 97.

Significativamente uno de los capítulos clave de *Notas de un método* lleva por título «Identidad de vida y pensamiento»,⁵⁰ e incluso el libro tiene como frontispicio⁵¹ tres citas que vinculan deseo y saber; pensamiento y vida; pensar, amor y verdad. Las dos primeras –famosísimas– son de la *Metafísica* de Aristóteles: «Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber» y «El acto del pensamiento es vida». La tercera –bellísima– es de Antonio Machado: «Si un grano del pensar arder pudiera, / no en el amante, en el amor⁵², sería / la más honda verdad lo que se viera».⁵³

Como vemos, incluso una de sus obras quizás más áridas de María Zambrano –*Notas de un método*– que parece centrada en una cuestión epistemológica muy difícilmente tratable por la razón poética, es planteada bajo el objetivo de unir pensamiento y saber con el deseo, la vida y el amor. Zambrano, en eso distanciándose de Nietzsche, no renuncia en ningún momento al pensar como forma profundamente humana e irrenunciable de desear, de vivir y de amar. ¡Quizás la forma más propiamente humana!

Por eso, en el inicio de *Notas de un método* y distinguiendo «libro» de «volumen», se propone «hacer posible la experiencia del ser propio del hombre, el fluir de la experiencia, {...} como la unidad cada vez más íntima y lograda de vida y pensamiento. Y así, señalar las condiciones de la manifestación posible y necesaria de la experiencia inagotable, no puede engendrar la pretensión de un pensamiento que se cierra y acaba en sí mismo».⁵⁴

Hay que volver a hacer posible «la experiencia, la vía del amor»,⁵⁵ pues «el pensamiento filosófico ha de ser reversible»⁵⁶ afirma Zambrano. Es decir, en una trascendencia inversa, ha de permitir pasar, caminar, seguir el «camino» en esa otra dirección que va desde la filosofía a la vida, desde lo pretendidamente «absoluto» a la experiencia, desde el saber al amor al saber. «El camino más adecuado, lo que el hombre necesita, es un lugar que sea “otro” pero del que se pueda salir para volverse a lo ‘mismo’. Cuando esto se verifica ya no se está propiamente en el mismo lugar; algo ha quedado prendido del otro lado, al que no se podrá nunca rescatar».⁵⁷

María Zambrano define ese camino como órbita, ya que si bien no vuelve jamás a su posición inicial –cosa que sólo sucedería en el cielo perfecto de las esferas cristalinas–, sí que cierra el ciclo con lo ganado a través de la dialéctica que lo constituye –como pretendía Hegel con su sistema fractal de círculo de círculos–.⁵⁸ Por eso Zambrano reclama: «Hay que permitir a la claridad que circule, ella, en el sujeto, pues que solamente así el sujeto trascenderá, él mismo, encontrándose en una órbita: la órbita que nos salva de todo absolutismo del ser y de todo sumergirse en la nada. Es la órbita del amor que es al par pensamiento, la órbita en la que se circula libre de terror, de temor, y hasta de esperanza».⁵⁹

El camino que revitalizará a la vez pensamiento y vida es un ciclo sin absoluto, sin meta, sin fin e –incluso– sin eterno retorno de lo mismo. Es un ciclo dialéctico que rechaza

⁵⁰ O. c., pp. 27- 46.

⁵¹ Véase la página 7.

⁵² En *Notas de un método*, p. 57, se refiere al amor como «Ese centro que rige, tantas veces sin ser notado, se podría llamar amor, “l’amor qui move il sole e le altre stelle”, con que se cierra la *Divina Comedia*».

⁵³ “De un cancionero apócrifo de Abel Martín”.

⁵⁴ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 11.

⁵⁵ O. c., en el título del capítulo, p. 15.

⁵⁶ Íbidem.

⁵⁷ O. c., pp. 130 y ss.

⁵⁸ Véase Mayos, G., *Hegel. vida, pensamiento y obra*, Barcelona, Planeta DeAgostini, 2007. Como todos los escritos citados de G. Mayos, es consultable gratuitamente en la web universitaria: www.ub.es/histofilosofia/gmayos.

⁵⁹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., p. 79.

todo saber absoluto o superación definitiva, para permanecer -en cambio- en la fluyente exteriorización material plena de matices y contrastes vitales, que no se reducen a los fríos tonos grises de la idea (como definía Hegel a la filosofía⁶⁰). Es un ciclo que no elimina ninguno de los componentes esenciales de la vida (placer y dolor, amor y odio, felicidad e infelicidad, luz y tinieblas...) sino que piensa -como se vive- pasando de lo uno a lo otro, diciendo sí a la vida -con *amor fati* nietzscheano- en volandas de su fluir, de su órbita... del ritmo, la música y el devenir incesante del mundo. Y tomando notas bajo dos maestrías paralelas: la del lenguaje y la de la vida.

Pues como ya habíamos denunciado: entre los peligros del «camino del intelecto», Zambrano destaca que «El sujeto, por su propia condición de erigirse en absoluto, se hace opaco. Ser opaco no es simplemente no ser claro. También en la claridad cabe perderse. Lo contrario, o más bien lo salvador, es la órbita que se enciende y se apaga sin por ello desaparecer, más emparentada con el logos de Heráclito que con el ser de Parménides, que nos salva de la tentación de hacer ontología en lugar de dejar al pensamiento que fluya, [...] recorrer la órbita, de la luz y de la sombra, cre-

ando así la penumbra que salva del consumirse por el fuego. La penumbra es algo musical. [...] La música del pensamiento».⁶¹

Y ese camino inverso, ese método reversible, que propiamente consiste en permanecer voluntaria y lúcidamente «en» camino, «en el» camino, como un eterno peregrino,⁶² es posible porque «El método ha debido estar desde un principio en una cierta y determinada experiencia que por la virtud de aquél llega a cobrar cuerpo y forma, figura. Mas ha sido indispensable una cierta aventura y hasta una cierta perdición en la experiencia, un cierto andar perdido el sujeto en quien se va formando. Un andar perdido que será luego libertad».⁶³

Antes que la meta, el método es saber estar en camino incluso cuando éste parece perderse. Es acompañar la vida en su camino, con su dialéctica de claridades y oscuridades, placeres y dolores..., narrándola o narrándonosla acompasando su maestría con la del lenguaje. Sólo así y como por un milagro -piensan María Zambrano y Friedrich Nietzsche-, si a uno le da por filosofar, puede decirse que lo consiguió... con verdad y con estilo.

⁶⁰ En el famoso pasaje de la lechuza de Minerva al final del prólogo de 1820 a los *Principios de la Filosofía del Derecho*.

⁶¹ Zambrano, M., *Notas de un método*, ed. cit., pp. 79 y ss.

⁶² En o. c., pp. 43 y ss., vincula el camino a la peregrinación.

⁶³ O. c., p. 18.